

de maestre provincial. Un ataque que contra Riga dirigieron los curios, aliados con los livonios rebeldes, indujo á todos los señores de Livonia á unirse para proceder á una accion comun, pues harto claramente se habia demostrado que en el fondo sus intereses eran los mismos. Gracias á esta union, vemos poco despues á los hermanos de la orden y á las tropas del obispo luchar juntos y vencer delante del fuerte de Odenpah, en Ugaunia, habiéndose estrechado mas aun esta union con la derrota que en el Imer les causaron los estonios. Un hecho demuestra que cada dia se dejaba sentir mas la necesidad de una firme alianza, tal es el de haberse confiado á un hermano de la orden, Rodulfo, la presidencia de una embajada que se envió al príncipe de Polozk y cuyos resultados fueron una paz y un tratado de comercio muy beneficioso para Riga. Este hecho, sin embargo, puede ser considerado como un triunfo para los rusos, pues en aquella ocasion se reconoció formalmente el derecho de aquel príncipe á percibir un tributo anual de los livonios. Los alemanes, asegurados de esta suerte por la parte del Norte, tuvieron tiempo para emprender una campaña de invierno que les permitió dominar á los habitantes de la orilla septentrional del Salis y para sentar, con la conquista de Fellin (marzo de 1211), sus reales en Saccala, que equivocadamente se consideraba hacia tanto tiempo sojuzgada. A pesar de esto, aun fué necesario un año de devastacion en las comarcas de Ugaunia y de Jerwen para que los estonios se decidieran á firmar un armisticio por tres años que puso en manos de los alemanes todo el país hasta Pala.

Desgraciadamente la paz que en lontananza se vislumbra quedó nuevamente rota por culpa de la orden, cuyos hermanos de Wenden se enredaron en lucha con los súbditos letones del obispo. Otra vez, y ésta fué la última, aliáronse los letones con los livonios primero contra la orden y luego contra todos los alemanes, y no habiendo producido resultado alguno una asamblea que se reunió para resolver los puntos litigiosos, hubo de apelarse á la decision de las armas. Por los medios que se emplearon podemos formarnos un concepto de la magnitud del peligro que amenazó á los alemanes en aquella ocasion. El preboste del castillo de Lennewarden puso presos á todos los ancianos livonios de su distrito; las fortificaciones del castillo de Holm, que databan del tiempo de Meinhard, fueron derribadas; el fuerte de Treiden fué incendiado, y como si todo esto no fuese bastante, y como si durante algun tiempo pareciera que los livonios y los letones se hubiesen propuesto acabar por completo con la colonia alemana, se hizo una guerra en toda regla que acabó, como no podia menos, con la sumision de los rebeldes. Los castillos de éstos tuvieron que rendirse y la capitulacion de Sattesele precipitó la solucion definitiva. Como signo de sumision completa exigió el obispo Alberto la entrega de rehenes y la renovacion del sacramento del bautismo en los que habian apostatado del cristianismo, lo cual merece llamar muy especialmente la atencion. Restablecido por fin el orden, el obispo aprovechó la ocasion oportuna para construir en el territorio de Treiden otro fuerte, Fredeland, cuyos sólidos muros debian ser testimonio á la par que garantía de paz en el país.

En tan críticas circunstancias, así en el exterior como en el interior, tocó á su término el plazo del armisticio firmado con los estonios, y la guerra estalló de nuevo en 1215. Una expedicion de los alemanes á Rotala (al Noroeste de Estonia) llevó el espanto al país estonio. Rechazado el ataque combinado que los oeseles dirigieron contra Riga y los estonios contra la Livonia septentrional, comenzaron por ambas partes las expediciones de rapiña, mas crueles y mas devastadoras que todas las anteriores, hasta que por fin los es-

tonios fueron perdiendo su fuerza de resistencia. Ugaunia abrazó el cristianismo, Saccala siguió su ejemplo; Rotala, que era la única que aun se resistia, acabó por aceptar de grado ó por fuerza el bautismo y en las mismas provincias ribereñas del Wiek comenzó á ganar terreno la fe de Cristo. A fines del año 1216 los alemanes preponderaban en todas partes.

Entonces, sin embargo, vino el retroceso. Los sorprendentes progresos realizados por los alemanes atrajeron á los rusos al teatro de la guerra. Wladimiro de Pskoff formuló pretensiones sobre Ugaunia y puso sitio al fuerte de Odenpah, el cual tuvo que capitular en febrero de 1217, cuando invadió el país un poderoso ejército de nowgorodes aumentado con los contingentes de los oeseles y de los estonios. Así se perdieron nuevamente Saccala y Ugaunia, siendo Teodorico, el hermano de Alberto, conducido á Nowgorod en rehenes. Grande fué el júbilo de los estonios: en Saccala habia estallado de nuevo el incendio de la rebelion, y otra vez Lembito, el caudillo de Leole, que habia sido el alma de la sedicion anterior, iba de aldea en aldea predicando la guerra de venganza contra los alemanes. Los estonios enviaban ricos presentes á Nowgorod para inducir á esta poderosa ciudad libre á que les prestara su poderoso auxilio, y fué una suerte para los alemanes que el príncipe se encontrara á la sazón ocupado en una expedicion á Galitzia. Su representante, Swiatoslao Mstislawitz, prometió la ayuda que se le pedia, pero no estaba preparado para una accion inmediata, y los estonios no tuvieron paciencia para esperar.

A principios del otoño de 1217, su ejército, compuesto de 6,000 hombres, se encontraba ya en el Pala, pero los alemanes sabian perfectamente que por su parte no tenian tiempo que perder. El obispo Alberto fué tambien esta vez quien oportunamente partió para Alemania, consiguiendo que un vasallo danés, el conde Alberto de Holstein, con diez de sus hombres se decidiera á emprender la cruzada. El maestre Volquin puso en pié de guerra á sus caballeros, y dos señores espirituales, el abad Bernardo de Dunamunde — un señor del Lippe que se proponia redimir en Livonia bajo el sayal eclesiástico una vida de aventuras — y Juan, canónigo preboste de Riga, y además las tropas ligeras de los livonios y de los letones se presentaron completamente armados para comenzar la lucha contra los estonios antes de que acudieran los rusos á su auxilio. Todas estas fuerzas, 3,000 hombres en junto, se reunieron en Saccala, distante una jornada escasa de Fellin, llegando al anoecer al fuerte, donde pernoctaron. A la mañana siguiente muy temprano se celebró la misa y con nuevos ánimos salió el ejército al encuentro del enemigo. El dia de San Mateo (21 de setiembre) de 1217 trabóse al otro lado de Fellin una famosa batalla en la que Lembito por una parte y el anciano Kaupo por otra perecieron luchando como héroes y sucumbiendo uno y otro por una buena causa. El valor y el mejor armamento de los cristianos pudieron mas que el doble número del enemigo, siendo el fruto de esta victoria la reconquista de Saccala. Sin la cooperacion del conde de Holstein, que de buena gana hubiera sojuzgado á Oesel, quedaron conquistadas las provincias marítimas, y Jerwen, el verdadero núcleo de la Estonia, envió embajadores y se sometió á la Iglesia de Riga.

Ugaunia continuaba libre y los de Saccala solo demalagana se habian sometido: los territorios del Norte y del Nordeste eran de hecho independientes, y por la parte del Este cerniase sobre los caudillos alemanes una amenazadora nube, que era el ataque que hacia dos años preparaban con todas sus fuerzas los rusos.

Diez y ocho años habian transcurrido desde que el obispo Alberto habia recobrado los casi perdidos puestos del Duna:

diez y ocho años de luchas poco menos que continuas (1) y de incesantes esfuerzos físicos y morales para él y para los suyos. Pero ¡cómo habian cambiado durante este tiempo el carácter y el aspecto del país! Los bosques comenzaban á clarearse, los campos eran cultivados, y caminos transitables ponian en comunicacion los puntos mas importantes del territorio. Las fortalezas de los caudillos enemigos en parte habian sido derribadas y en parte sustituidas por fuertes alemanes, que levantándose á lo largo de los rios, ó en cualquiera otro sitio de importancia militar, tenian abrazado estrechamente el país. Apenas se entraba en el rio Duna encontrábase ya el convento amurallado de Dunamunde, junto al cual se construyó mas adelante un castillo: seguia luego Riga, la mas soberbia creacion de Alberto, y algo mas arriba aparecian Holm, Uexkull, Lennewarden, Kokenhusen, castillos fortificados con sus torres y sus almenas, con sus murallas y sus fosos y bien provistos de víveres, armas y siervos equipados. El territorio de Koiwa estaba dominado por los castillos de Segewold, Fredeland y Wenden: este último, como el de San Jorge de Riga — residencia principal de la orden — estaba defendido por una ciudadela y era el punto de partida de la mayor parte de las empresas de los hermanos de la Espada. Mas hácia el Norte se encontraba el castillo de Fellin, donde vivian juntos los hermanos de la orden y los estonios. En este territorio, el obispo y la orden ejercian su soberanía sobre una poblacion convertida al cristianismo, pero en la cual no se podia tener gran confianza, como lo habia demostrado la última sublevacion y como se desprendia del hecho de no haber ningun adulto livonio ó leton que en sus mocedades no hubiese visitado los lugares donde se hacian sacrificios en honor de los dioses paganos. Por grande que fuera la influencia de la civilizacion cristiana y por mas que por ella se habia operado un cambio radical en la vida material y moral de los indígenas, éstos eran todavía unos salvajes para quienes la garantía del derecho y de la verdad dependia del éxito que sus representantes obtuvieran. Así, cuando ocurría una alteracion, cuando los alemanes en vez de vencedores resultaban vencidos, la existencia de la colonia se veía inmediatamente en peligro, pues no hay que echar en olvido que el número de colonos alemanes con residencia fija era muy pequeño comparado con aquella poblacion flotante de cruzados, aventureros y comerciantes que cada año llegaban allí en la primavera para volverse á su país en otoño ó á lo mas en la primavera siguiente. Si este contingente dejaba de presentarse en Livonia, quedaba interrumpida toda cohesion con la madre patria alemana, y todo retardo constituía un peligro. Cualquiera agresion que en tales circunstancias viniera del exterior, del Oriente ruso por ejemplo, debia ser funesta irremisiblemente, así era permitido por lo menos suponerlo, para aquella pequeña falange de alemanes.

Con el año 1218 se presentó este peligro extremo. En Bremen se habia restablecido la tranquilidad, bien que solo la mas indispensable; el arzobispo Gerhard exigió nuevamente de Livonia que se le sometiera, y para dar mayor fuerza á sus pretensiones, cerró á los cruzados el puerto de Lubeck. Fácil es imaginarse la situacion en que se encontraría Livonia: por una parte cortadas las comunicaciones con Alemania, precisamente cuando comenzaba á entrecerse el ataque de los rusos, y por otra terminado el año de la cruzada de Alberto y agotadas las fuerzas del país despues de las últimas luchas formidables. Aun en el caso de que las quejas que formulara el obispo livonio fuesen atendidas, la resolucion habia de llegar siempre demasiado tarde: era de todo punto imposible

obtener un cambio favorable con la rapidez que las circunstancias exigian.

Alberto, á quien no se le ocultaban todas estas consideraciones, apeló en tan apurado trance al último recurso desesperado que le quedaba, que era implorar el auxilio del rey danés, del ambicioso Waldemaro, que hacia tiempo tenia fija su vista en Livonia. Ya en 1206 habia intentado un primer ataque contra Oesel y logrado establecerse en la isla y construir en ella un fuerte; pero como no hubo nadie que quisiese permanecer en él corriendo el peligro de verse atacado por los paganos, lo incendió y regresó á Dinamarca sin haber conseguido nada de importancia. Con esto quedó demostrada la ineptitud de los dinamarqueses como colonizadores; pero Waldemaro no se arredró por ello: los dos prelados que le habian acompañado á Oesel, el arzobispo Andrés de Lund y el canciller Nicolás de Schleswig, fueron enviados á Riga, donde se presentaron con grandes exigencias y pasaron el invierno de 1206 á 1207. Tres años despues, Andrés fué nombrado legado pontificio en aquellos países paganos y se confió á su iglesia la mision de resolver como árbitra las cuestiones surgidas entre Alberto y Volquin. Ya se comprenderá que en todo esto habia intervenido la mano del rey Waldemaro, á quien la cuestion alemana, que le interesaba demasiado, habia impedido hasta entonces realizar sus planes guerreros contra Livonia. Pero á la sazón se encontraba libre y mas poderoso que antes. ¿Qué podia, pues, llegar para él mas oportunamente que la demanda de auxilio del obispo livonio? Cuanto mayor necesidad tuviera Alberto del socorro implorado, tanto mejor para Waldemaro, que de esta suerte podria hacérselo pagar mas caro.

Con el ánimo afligido presentóse Alberto, acompañado de los otros dos obispos de la colonia, — Teodorico de Estonia, que hacia siete años administraba su diócesis, y Bernardo de Dunamunde, que acababa de ser consagrado obispo del país de los semigalos, — en la esplendente dieta que en 24 de junio de 1218 se habia reunido en Schleswig, donde el rey Waldemaro queria hacer coronar á su primogénito. Quince obispos, tres duques y tres condes rodeaban el trono real, ante el cual expuso Alberto su súplica. Waldemaro le escuchó benévola en apariencia, y prometió por el honor de la Madre de Dios y por el perdon de sus culpas ir á Livonia con su ejército al año siguiente, y el obispo tuvo á su vez que comprometerse en nombre de los alemanes á renunciar á los territorios que conquistara el monarca (2). Es indudable que se convino en que el ataque del rey se dirigiera contra los territorios estonios no conquistados todavía. De suerte que lo que se ofrecía no era un apoyo directo sino simplemente desviar de la orden y del obispo las fuerzas de los estonios, pero no debia estar lejos del pensamiento de Waldemaro la idea de encontrar desde Estonia, en cuanto las circunstancias lo permitieran, el camino hácia el Sudoeste pasando por Livonia y de agregar de esta suerte á su corona la de los países del Báltico.

Entretanto las cosas habian seguido su curso en Livonia, demostrándose que Alberto habia hecho un sacrificio innecesario y apreciado á los livonios en menos de lo que realmente valian. En efecto, la pequeña hueste de los héroes que se habian quedado habia sido bastante fuerte para resistir á las fuerzas superiores del enemigo. Los 16,000 rusos habian llegado hasta las puertas de Wenden, pero no pudieron apoderarse de la fortaleza, que se resistió tenazmente, y perseguidos por los alemanes tuvieron que emprender la retirada. Los únicos resultados de su expedicion habian sido los asesinatos

(1) Aquí solo podemos hablar, como es natural, de los hechos principales.

(2) U. B. XLI. a, la única fuente á que podemos acudir para este asunto. Véase Hausmann: *Luchas de alemanes y daneses*, pág. 16, nota.

y la devastación del país: no se había sembrado una sola semilla que asegurara para el porvenir una institución permanente. Cuando en la primavera de 1219 llegó el duque Alberto de Sajonia con un formidable ejército de cruzados que hizo de nuevo sentir á los estonios todo el peso de la espada de los alemanes, el auxilio de los daneses resultó completamente inútil. Pero como no podía deshacerse lo que ya estaba hecho, llegaron los daneses y con ellos el comienzo de una serie de calamidades para Livonia.

El rey Waldemaro, al frente de una poderosa escuadra, desembarcó en el golfo de la punta occidental de la comarca de Reval, en el punto en que la costa se inclina hácia el Sur (1). Levantábase allí, donde está situada hoy Reval, un fuerte estonio denominado Lindanissa, que fué inmediatamente derruido, echándose en seguida los cimientos de una fortaleza danesa. Los estonios de las comarcas vecinas habían preparado entretanto sus fuerzas, á pesar de lo cual se mostraron en un principio pacíficos, enviaron á sus ancianos al campamento del rey, aceptaron los ricos presentes que les fueron ofrecidos y se dejaron bautizar, pudiendo casi abrigarse la esperanza de que los nacionales no habían de oponer ninguna resistencia. Pero á los tres días, cuando los daneses acababan de cenar, los estonios divididos en cinco columnas se lanzaron sobre ellos, trabándose sangrienta y encarnizada lucha en la que salieron vencedores los cristianos gracias á la feliz intervención del príncipe Witzlaw de Rugen. Una terrible derrota de los estonios puso fin á aquella jornada, cuyo recuerdo vive todavía en la memoria de los daneses y con la cual se relaciona la leyenda del Danebrog, bandera encarnada con una cruz blanca que en el momento crítico cayó del cielo para conducir á los daneses á la victoria. La bandera real de Dinamarca y el escudo de la ciudad de Reval ostentan aun hoy la cruz blanca en campo encarnado. Según parece, al retirarse el rey Waldemaro durante el otoño, después de terminada la construcción del fuerte, dejó en éste como guarnición á los alemanes que le habían acompañado, confiando la dirección de las ulteriores empresas al arzobispo Andrés y á Wescelin, á quien el rey y sus obispos habían nombrado obispo de Estonia en sustitución de Teodorico, que había sido asesinado por los estonios. En un año consiguieron los extranjeros dominar el territorio de Revele y una parte de Harrien. El obispo Alberto, entretanto, se había mantenido á la expectativa, dedicando principalmente sus fuerzas á la cristianización de los semigalos. De pronto, las exageradas pretensiones de Waldemaro produjeron un conflicto entre los daneses y los alemanes: el rey pretendía que en virtud del tratado de Schleswig le pertenecían Saccala, Ugaunia y las provincias de la orilla occidental, exigencia injusta á que no quisieron someterse ni la orden ni el obispo Alberto, no cediendo á Waldemaro ni mas ni menos que la parte de Estonia no conquistada todavía. Aun cuando por desgracia no estamos en situación de examinar con el texto del tratado á la vista cuáles fuesen los derechos de cada una de las partes, es de todas maneras indudable que las pretensiones de los daneses estaban en abierta oposición con lo que ellos mismos podían hacer en el territorio estonio. La conquista propiamente dicha de Estonia no partió de ellos sino de la orden, que logró sojuzgar después de una serie de afortunadas campañas todo el país libre comprendido entre el pequeño territorio danés y las comarcas reconocidas como alemanas. Los daneses, que habían sido meros espectadores de los triunfos de los alemanes sin formular la menor protesta, sentían de repente despertarse en ellos el mas ferviente celo por las misiones: el arzobispo Andrés envió á los terri-

(1) Véase Brevern: *Liber census Danie*, pág. 96.

torios conquistados por los alemanes no solo sacerdotes sino tambien laicos á fin de bautizar lo mas rápidamente posible, y los que ya habían sido bautizados por los alemanes fueron cuando menos amenazados y los mas de ellos cruelmente maltratados, llegándose hasta ahorcar á un pobre anciano. Habíase, pues, emprendido una verdadera batida para cazar almas de estonios ó mejor dicho, para ver si eran los daneses ó los alemanes los que habían de bautizar, de lo cual dependía, según las ideas de aquella época, que los bautizados pertenecieran á uno ó á otro Estado. Otra circunstancia vino á agravar el conflicto: el obispo Alberto había nombrado para sucesor del asesinado Teodorico á su propio hermano Hermann, mientras que Waldemaro había instituido obispo de Estonia, como hemos visto, á su capellan Wescelin. El danés, viendo que los alemanes no querían ceder, acudió al medio ya probado de cerrar los puertos del Báltico y cortar al nuevo obispo Hermann el camino de Livonia. Las dos bulas, bastante «enredadas», que Alberto pudo obtener del papa Honorio fueron desobedecidas por Waldemaro, quien consiguió además del pontífice que confirmara á su candidato como obispo de Reval (2), pues era para la curia asunto de gran importancia estar en buenas relaciones con el poderoso rey de Dinamarca.

En el verano de 1220 presentose Waldemaro por segunda vez en Estonia y citó al obispo Alberto y á la orden para que comparecieran á su presencia. Alberto no pudo presentarse porque se había embarcado en busca de auxilios, pero compareció Volquin, el cual, llevado por su pérfido egoísmo, no vaciló, con tal que se hiciera cesión á su orden de los territorios de Saccala y de Ugaunia, en reconocer al rey como soberano del resto de Estonia, prescindiendo de los derechos de los obispos Alberto y Hermann. Todos cuantos pasos dió Alberto para anular este abominable convenio fueron inútiles. A duras penas consiguió librarse en Lubek de las persecuciones de los daneses, que le acechaban; en Roma nadie le prestó oídos, y en la corte imperial solo encontró indiferencia y á lo mas buenas palabras. Federico, que acababa de ser coronado emperador, le aconsejó que viviera en paz con los daneses y con los rusos hasta que la tierna plantación contase con un fuerte abrigo. Nada describe mejor la situación desesperada del obispo, abandonado por todos, que las siguientes palabras del cronista: «Y como el obispo no logró ningun consuelo ni de parte del Papa ni del emperador, regresó á Alemania y aconsejado por hombres buenos parecióle mas ventajoso acudir al rey de Dinamarca que exponer á la iglesia livonia á grandes peligros, pues ya el rey había prohibido á los de Lubek que proporcionaran buques á los peregrinos que se dirigían á Livonia hasta tanto que el obispo se le sometiera. Por esto el digno obispo, acompañado de su hermano el obispo Hermann, se presentó ante el citado monarca y le cedió la soberanía así de Livonia como de Estonia, con la sola condición de que en ello consintieran los prelados de su comunidad, sus hombres, los de Riga y los livonios y letones.»

De modo que el rey Waldemaro llamaba suyas no ya la mitad ni siquiera toda la Estonia, sino toda la Estonia y la Livonia. Con la astucia y la violencia había conseguido conquistar de hecho toda la colonia alemana. Pero á este apogeo del poder danés sucedió pronto una rápida decadencia. Cuando Alberto llegó á Riga nadie quiso consentir en someterse á los daneses, y el administrador danés que Waldemaro envió á la ciudad tuvo que retirarse vergonzosamente, pues

(2) Véase el documento de 19 de marzo de 1220. Con razon puede suponerse que entonces comenzó á formarse una colonización municipal junto al fuerte danés de Reval.

todos preferían abandonar el país y regresar á la patria, de donde habían salido, á tener que servir al rey de Dinamarca. Durante el verano de 1221 fraguóse una conspiración en la que hicieron causa comun la ciudad de Riga, los letones y los livonios para obligar á la orden á abandonar su política de amistad con los daneses; y aun cuando la orden consiguió apoderarse oportunamente de los ancianos livonios y destruir la liga, ni ella ni los daneses podían ya formarse ilusiones sobre la opinión general del país. Los apuros en que por aquel mismo tiempo se vió el arzobispo Andrés contribuyeron tambien á romper aquel tratado imposible. La escuadra de los oeseles se presentó delante de Reval, y esto bastó para que revalenses, harrios y wirlandeses desertaran. El arzobispo pudo defenderse con grandes trabajos por espacio de dos semanas, hasta que al fin vino á salvarle una feliz casualidad: cuatro buques que aparecieron á la altura de Reval fueron considerados por los oeseles como la vanguardia del rey de Dinamarca, temor que les hizo refugiarse precipitadamente en sus naves y hacerse en seguida á la vela. Reval quedaba salvada; pero el arzobispo Andrés se convenció claramente de su impotencia y comprendió que si en tales circunstancias estallaba entre él y los livonios alemanes un rompimiento, la colonia danesa quedaria fácilmente destruida. Por tanto envió mensajeros á Riga para que, prometiendo devolver á Livonia su antigua libertad, se formara entre daneses y alemanes una alianza ofensiva y defensiva contra los paganos y los rusos. En el verano de 1222 el rey Waldemaro se decidió á ratificar este tratado. El obispo Alberto, el maestre Volquin con muchos caballeros, algunos delegados de los livonios «y otras personas» se presentaron en Oesel delante del monarca para protestar unánimemente, autorizados por todos los habitantes de Livonia, contra la cesión de este país. Waldemaro, después de haber consultado con sus consejeros, renunció á la Livonia, sin duda considerando que tambien á él le interesaba la alianza con los alemanes. Las dos partes se separaron amigas, después de haber prometido los alemanes al monarca su leal ayuda para lo sucesivo. Como garantía de paz se quedaron, á instancias de Alberto, en el fuerte danés recientemente construido su hermano Dietrich y algunos caballeros de la orden, después de lo cual Waldemaro regresó á su patria. Los hermanos de la orden perdieron con todo esto las ventajas que habían sacado de la traidora política del monarca, pues si bien conservaron todos sus derechos civiles sobre Saccala y Ugaunia, tuvieron que restituir al obispo de Livonia los espirituales. Poco después, y á consecuencia de la sublevación de los estonios de 1223, perdió Waldemaro todas sus conquistas.

La señal para esta rebelión partió de Oesel, y á poco de haber estallado el movimiento capituló la nueva fortaleza danesa, suceso que propagó el incendio á toda la Estonia. Harrien, Jerwen y Wirlandia se declararon independientes y pronto la rebelión se extendió por las comarcas alemanas, siendo asaltado el castillo de la orden, Fellin, el domingo 29 de enero de 1223. Toda la Saccala se levantó como un solo hombre, y en Dorpat y en Odenpah, donde existían desde 1220 castillos de la orden, estalló en un momento la sublevación, como si los indígenas hubiesen recibido sangrientas espadas en testimonio de las victorias conseguidas por sus compatriotas. En seguida se despacharon emisarios estonios que solicitaran la intervención de los rusos de Nowgorod y de Pleskau: Dorpat, Fellin y otras fortalezas les fueron entregadas y se hicieron los mayores preparativos para la resistencia.

Era aquel movimiento un poderoso ataque de los estonios contra los extranjeros, del paganismo contra la odiada religión cristiana. Los rebeldes volvieron á tomar las mujeres

de las cuales habían tenido que separarse por orden de los sacerdotes cristianos; los cadáveres fueron desenterrados de los cementerios cristianos y quemados, según la antigua costumbre, y las casas quedaron purgadas de todo lo que á cristiano trascendía. Como en tiempo de Meinhard, arrojaban de sus fronteras el nombre de Jesucristo. Los embajadores de los saccalos declararon en Riga que querían vivir en paz pero no aceptar el cristianismo mientras hubiera en el país un niño de un año ó una vara de tierra. Cuando durante el invierno de 1222 á 1223 se presentó delante del fuerte de Reval todo el ejército de los estonios, cualquiera hubiera dicho que la dominación danesa iba á desaparecer para siempre de Livonia. Muy pronto se vió que ningun auxilio podría dar el rey Waldemaro, á quien se había acudido por el momento invocándole como salvador. En 7 de mayo de 1223 uno de sus vasallos, el conde Enrique el Negro de Schwerin, le había hecho prisionero, viéndose entonces claramente que no había sido la fuerza interna de la nación sino la poderosa personalidad del rey la que había puesto á Dinamarca al frente de los Estados del Norte de Europa. La debilidad de que de repente se vió dominada Dinamarca fué de gran trascendencia para la misma Alemania: de entonces data la gran potencia alemana en el Báltico, pues las ciudades que constituyeron la liga anseática pudieron entonces desenvolverse libremente y tres años después del acto de audacia del conde de Schwerin, la orden teutónica sentó sus reales en Prusia.

Pero en ninguna parte se dejó sentir tan rápidamente el cambio como en Livonia: á pesar del peligro que ofrecían la sublevación de los estonios y la conducta de los rusos, no pudo dudarse nunca de que la victoria acabaría por inclinarse á los alemanes. Restablecidas las comunicaciones con Alemania, quedaba salvada Livonia.

El rey Waldemaro permanecía entretanto encerrado en el calabozo regio del castillo de Dannenberg, prisionero del conde alemán, el cual, contra el derecho de guerra, supo sacar del acto violento cometido todo el partido posible para sí y para el imperio. El monarca preso sostenía desde su cárcel relaciones con el exterior; así es que sabemos que recibía varias visitas, las mas de ellas con el objeto de entablar negociaciones referentes á su liberación eventual. Así llegaron á su oído los sucesos ocurridos en Livonia y supo la terrible sublevación de los estonios, que tantos estragos había causado en las posesiones danesas de la Estonia septentrional. Supo tambien que su administrador, el valiente obispo Tuvo de Ripen, había rechazado á los sitiadores de Reval, á pesar de lo cual todas las comarcas de los alrededores estaban en poder de los rebeldes. No agradó á Waldemaro que un gran ejército de cruzados fuera precisamente entonces á robustecer el poder de los alemanes, por él humillado poco tiempo antes; y muy encontrados sentimientos despertó en su ánimo la noticia de que había desaparecido en el momento del peligro la hostilidad existente entre el obispo y la orden y de que habían resuelto reconquistar de comun acuerdo la Estonia, concediendo á los obispos Alberto y Hermann el mismo derecho sobre los territorios que se recobrasen. El maestre Volquin con sus caballeros y apoyado por los maestros provinciales de Sezewold y de Wenden; el ejército de cruzados perfectamente armado; el preboste capitular de Riga, Juan, con los livonios y los letones, todos se habían lanzado al campo, habían derrotado por completo al enemigo en el Imer y finalmente tomado en 15 de agosto de 1223, después de catorce días de sitio, la fortaleza de Fellin, con tenacidad defendida por los rusos y estonios unidos. Lo que mas caracteriza el sentimiento que guiaba á los vencedores es el hecho de que después del asalto se concedió gracia á todos